



¿Quién es Israel?



A veces hay objeciones a las conclusiones anteriores diciendo que las promesas aún por cumplir solo pueden aplicarse a un «Israel literal», mientras que en estos textos se representa un «Israel espiritual». La dificultad en este caso surge de una idea errónea de las palabras «espiritual» y «literal». Se supone que el primero denota seres intangibles, inmateriales, de esencia espiritual, que habitan un mundo invisible; mientras que el segundo se refiere a personas reales de carne y hueso, capaces de ser felices en este planeta material. Por lo tanto, dado que muchas promesas se refieren a cosas materiales, como la «tierra», la «ciudad», etc., se afirma que no pueden cumplirse para el Israel espiritual, sino que deben referirse a alguna nación o pueblo literal. Simplemente señalaríamos que las cosas espirituales son literales, pero no carnales. Los seres espirituales no son fantasmas, ni almas incorpóreas de hombres. Son personas reales. El cielo es tan literal como la tierra; los ángeles son tan literales como los hombres. «Las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas». Entonces, es un hecho que las cosas eternas son en realidad más reales que las temporales. El verdadero israelita es un ser humano literal. En la vida presente tiene carne y hueso como los demás hombres. Para la vida venidera, espera al «Salvador, el Señor Jesucristo, quien transformará nuestro cuerpo vil, para que sea semejante a su cuerpo glorioso». (Filipenses 3:21) Cristo, después de su resurrección, era un ser real y literal, con manos, pies, costados, etc.; capaz de conversar, comer y realizar cualquier acto del que son capaces los seres mortales. El verdadero Israel, los santos redimidos de todas las naciones, serán hechos como él; por lo tanto, podrán «habitar en la tierra», comer los alimentos que produce y disfrutar de todas sus bendiciones. Los individuos no se convierten en el Israel espiritual al morir y dejar a un lado el cuerpo físico; pero los que han muerto deben vivir de nuevo antes de poder heredar la tierra. Cristo confundió a los saduceos y demostró la resurrección de los muertos, citando el hecho de que Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos; y como Él es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que entonces estaban muertos y ahora lo están, deben ser resucitados a la vida. Por lo tanto, el verdadero Israel siempre será un pueblo real, tangible y literal, aunque finalmente se convierta en inmortal. Ahora son el Israel salvado, por el Espíritu que mora en la carne corruptible; entonces serán el Israel redimido, por el mismo Espíritu que habita en la carne incorruptible. Una condición es tan literal como la otra, y ambas son *espirituales*. *Comprenda el hecho tan claramente expresado, que solo aquellos que son verdaderamente de Cristo son israelitas de verdad; manténgalo firme en medio de toda esta disensión, y el resultado glorioso será la armonía perfecta con todas y cada una de las condiciones que lo acompañan.*

Por lo tanto, preguntamos: ¿A quiénes se refiere Israel? — De las claras palabras de inspiración aprendemos que el término «Israel» no se limita a ninguna nación, ni hebrea ni gentil; de hecho, estas asociaciones mundanas son un obstáculo en lugar de una ayuda. Por el contrario, encontramos que Israel es el título de aquellos que están «en el mundo, pero no son del mundo». Son los verdaderos seguidores convertidos de Cristo. El nacimiento, la riqueza, la educación o cualquier otra dotación de los hombres no constituyen una marca del pueblo de Dios. Todas las promesas del evangelio se hacen al Israel de Dios, y no se hace ninguna promesa para el futuro a los gentiles. Estas no son declaraciones hechas para apoyar una teoría humana de orgullo nacional, sino que son hechos de gran peso. No negamos que haya un Israel literal en el mundo, pero solo Dios puede decir quiénes son los verdaderos, porque él mira el corazón. No negamos las promesas aún no cumplidas al pueblo elegido, «porque todas las promesas de Dios en él son sí y en él amén, para gloria de Dios por nosotros». Tenemos un punto resuelto, y esta es una llave que abrirá todas las puertas que encontremos. Sin ella, los hombres vagan en el laberinto de la especulación. El verdadero Israel no significa la «nación hebrea», las «diez tribus perdidas», la «raza anglosajona» o el moderno Estado sionista de Israel, ni ninguna otra división de los hombres naturales. Significa literalmente un pueblo «nacido de nuevo», compuesto por individuos de todas las naciones y lenguas bajo el cielo. Aquí hay una roca sólida sobre la que construir el futuro. Todas las teorías que se oponen a estos hechos bíblicos se basan en arena, o son meros castillos en el aire.

¿Y tú? ¿Quieres formar parte del Israel espiritual y literal de Dios, ser llamado por Su nombre? ¿Recibir un «nuevo nombre» que te dará Dios mismo? Todas estas promesas al Israel literal, dadas en la Biblia, pueden ser tuyas. Solo sigue el ejemplo de Jacob, arrójate, quebrantado, herido y sangrando, manchado de pecado como estás, al seno de Cristo, confiesa tu maldad y tu carácter corrupto y acepta Su perdón y Su amor. Él te dice a TI, pecador: «Al que a mí viene, no le echo fuera». (Juan 6:37) Entonces Él te dará un nuevo nombre, tal como lo hizo con Jacob, y dirá de TI: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño».

(Adaptado del libro «La cuestión oriental a la luz de las promesas proféticas e históricas de Dios a Israel», de H. E. Robinson).



En Luz de la Profecía Cumplida
1775 E Palm Canyon Drive #110-108
Palm Springs, CA 92264
info@inlightofprophecyfulfilled.org
www.inlightofprophecyfulfilled.org

La nación moderna de Israel es noticia hoy en día y lo ha sido durante décadas. La agitación mundial en torno al Medio Oriente no es algo nuevo. Se remonta a más de 200 años atrás, a la época en que el Imperio Otomano, un imperio olvidado casi totalmente hoy en día, controlaba Jerusalén y Napoleón intentó arrebatarles Palestina en 1799.

La agitación en torno a Palestina y la idea de una «nación judía» creció a lo largo del siglo XIX hasta cerca del siglo XX, hasta que se hizo realidad en 1948 con el establecimiento de la nación moderna de Israel. Pero, ¿es el moderno Estado de Israel el cumplimiento de la profecía bíblica? ¿Son las promesas del Antiguo Testamento al pueblo elegido de Dios exclusivas para el actual Estado sionista de Israel? Veamos qué dice la Biblia al respecto.

Nadie negará que hay muchas promesas a Israel que se refieren al futuro, y que todas ellas se cumplirán exactamente a su debido tiempo. Pero en su cumplimiento están involucrados toda la tierra y todos los pueblos que la habitan, por lo que a través de ellos estas preguntas y todas las demás preguntas sobre las profecías y las promesas de Dios están abiertas al estudio.

En cualquier debate es necesario que los términos empleados se entiendan claramente. De lo contrario, surgirán malentendidos y se producirá discordia. Por lo tanto, nuestro primer deber es determinar a quiénes se refieren en las Escrituras las palabras «Israel», «judío», «descendencia de Abraham» y expresiones similares. El uso moderno restringe estos títulos a una nación en particular: el pueblo hebreo, los judíos del actual Estado de Israel. ¿Los aplica la Biblia de manera universal de esa manera? ¿Qué significado les da el Señor? Se verá de inmediato que este es un punto vital. Debemos seguir la definición y la aplicación de Dios si queremos comprender Sus promesas. No tenemos libertad para dar una interpretación arbitraria a estos nombres. Muchos concluyen sin investigar que el significado comúnmente aceptado de estas palabras es el mismo que les da la Biblia. Pero esto no debe darse por sentado de ninguna manera. Si se pone una base errónea al principio, toda la estructura se verá afectada, a pesar del trabajo infinito dedicado al techo. Por lo tanto, antes de poder entender las promesas a Israel, primero debemos determinar quiénes son Israel en la mente de Dios. Sobre este punto, el siguiente testimonio es suficiente:

El nombre «Israel» se define como «príncipe de Dios». Se utiliza por primera vez en la Biblia en Génesis 32:28. A partir de su uso en esta ocasión, podemos aprender su significado al observar las siguientes circunstancias: Jacob, como indica su nombre, era un hombre astuto y deshonesto, que había suplantado a su hermano Esaú, engañado a su padre Isaac y

burlado a su tío Labán. A pesar de ser culpable, se dispuso a regresar a la casa de su infancia después de veinte años de ausencia. Durante el viaje, en una noche oscura y solitaria, fue atacado por lo que parecía ser un ladrón decidido a asesinarlo. Jacob luchó por su vida hasta que comenzó a amanecer. Entonces, por un misterioso toque de su desconocido adversario, Jacob se dislocó el muslo y ya no pudo seguir luchando. Pero en el mismo momento en que Jacob vio su impotencia, también vio al Señor como su adversario, el mismo que había visto en su sueño en Betel cuando huyó exiliado de la casa de su padre. La esperanza sustituyó inmediatamente al miedo, y ante la aparente intención del Señor de marcharse, Jacob, ahora humilde y arrepentido, exclamó: «No te dejaré, si no me bendices».

Su confesión de pecado se muestra más plenamente en las palabras de Oseas 12:3-5: «En el vientre tomó por el calcañar a su hermano, y con su poder luchó con Dios. Sí, luchó con el Ángel, y prevaleció; lloró, y le rogó; le encontró en Betel, y allí habló con nosotros. Mas Jehová es el Dios de los ejércitos; Jehová es su memorial.» La fe de Jacob le dio la victoria con el Señor. Entonces era un hombre convertido, una nueva criatura en Cristo Jesús. Entonces el Señor le dio un nuevo nombre al nuevo hombre: «Y le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y él dijo: No se llamará más Jacob tu nombre, sino Israel; porque como príncipe has prevalecido con Dios y con los hombres, y has vencido».

De esto aprendemos que Jacob no era «Israel» por haber nacido de padres hebreos. Solo por el perdón de su pecado pudo recibir el título de «príncipe de Dios», y el nombre de «Israel» le fue conferido por el Señor mismo. Aplicando estos principios de manera general, se llega a la conclusión de que ninguna persona es israelita en el sentido verdadero y primario de la palabra por haber nacido de antepasados hebreos; que esta distinción se refiere a un carácter justo, recibido por la fe; y que solo Dios puede otorgarla a aquellos que han «nacido de lo alto».

Israel es un título que no puede transmitirse de un padre terrenal a su hijo, sino que debe proceder del Padre Celestial y se otorga únicamente a aquellos que se convierten en hijos de Dios. Aquí hay una diferencia que a menudo se pasa por alto en el lenguaje común: las personas son llamadas israelitas por los hombres, simplemente porque son hebreos; pero a los ojos de Dios, ningún hombre es israelita por descendencia humana. El nacimiento natural, la forma física y el idioma nacional no tienen nada que ver con el asunto. Las características de un verdadero israelita son un corazón contrito y humilde, que solo Dios puede ver. Esto concuerda con las palabras de Cristo acerca de Natanael: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño» (Juan 1:47), y también con las palabras de Pablo: «Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, *sino una nueva criatura*. Y todos los que andan conforme a esta regla, paz y misericordia sean sobre ellos, y sobre el Israel de Dios.» (Gálatas 6:15,16) Aquí, entonces, está la «regla» dada por el

Espíritu Santo y aplicada por el apóstol: una persona debe ser una «nueva criatura» para ser clasificada entre el «Israel de Dios». Esa misma «regla» sigue siendo válida hoy en día, y los hombres no tienen derecho a utilizar ninguna otra para medir al pueblo elegido de Dios.

Esto no quiere decir que en la Biblia la palabra «Israel» siempre signifique hombres convertidos. Por el contrario, el término a menudo designa a una determinada raza de personas sin referencia a su carácter. Pero la primera es la aplicación original y correcta, mientras que la segunda es un uso secundario de la palabra. En todos los casos en que sea coherente con el contexto y las circunstancias registradas, debe entenderse la definición principal. Un ejemplo de ambos significados se encuentra en el uso de la palabra «cristiano».

En sentido estricto, una persona es cristiana solo cuando se convierte a Cristo; pero la palabra se utiliza a menudo hoy en día para designar a toda una nación, aunque la gran mayoría no profese ser seguidor de Cristo. Nadie afirmará que todos los que pertenecen a las llamadas «naciones cristianas» son cristianos. Del mismo modo, la palabra «Israel» se emplea a veces para describir a una nación cuando quizá solo unos pocos son israelitas en el verdadero sentido de la palabra. Por eso Pablo pudo declarar: «*Porque no todos los que son de Israel son Israel*».

Al ignorar el hecho de que las promesas de bendiciones futuras para Israel se refieren solo a aquellos que son verdaderamente de Cristo, muchos escritores y maestros han elaborado teorías erróneas sobre el estado moderno de Israel y, por supuesto, están completamente equivocados en sus conclusiones sobre las profecías bíblicas. Por lo tanto, hacemos hincapié en que el lector debe discernir claramente esta distinción y aplicarla correctamente, a fin de evitar una confusión indescriptible. En armonía con lo anterior, observe cómo la palabra «judío» tiene un doble uso.

¿QUIENES SON JUDIOS?

La descripción que hace el Señor de un «judío» es similar a la de un israelita: «Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; Mas es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios». (Romanos 2:28, 29) Nadie puede malinterpretar estas declaraciones. El nombre «judío», al igual que «Israel», es un título sagrado que solo Dios puede otorgar. Cuando el Señor lo aplica, el hombre tiene «alabanza de Dios»; cuando los simples hombres dan ese nombre a una persona o a un pueblo, es simplemente «alabanza de los hombres», y no significa nada, excepto mostrar que quienes lo usan y quienes lo reciben de esta manera, realmente no saben a quién llama el Señor judío. Que el hebreo de hoy tenga cuidado con aquellos que

lo exaltan como una persona favorecida de Dios especialmente debido a su linaje natural; y que aquellos que aplican así el término a hombres no convertidos, como prueba de que se les prometen bendiciones especiales en esta época o en una futura, tengan cuidado de no mancharse con la sangre de almas engañadas. El concepto correcto que Dios tiene de un judío debe enseñarse, y más personas desearán la alabanza de ese nombre dicho por labios divinos. Es sorprendente la despreocupación con la que estas palabras se aplican ahora a todas las clases de hombres, hasta el punto de que su significado real se ha perdido casi por completo. Pero Dios no ha cambiado, y conoce a los que realmente son suyos, y también a los «que dicen ser judíos, y no lo son, sino que mienten».

LOS DESCENDIENTES DE ABRAHAM

Los mismos principios generales que se aplican al verdadero israelita, o judío, son igualmente aplicables a aquellos a quienes el Señor reconoce como «descendencia de Abraham». El nombre «Abraham» no proviene del linaje natural de ningún hombre. «Abram» fue el nombre que le dieron sus padres humanos para designar a su hijo nacido de la carne. Ningún honor a los ojos de Dios proviene de esa fuente. Cristo dice: «La carne para nada aprovecha», y Pablo escribe: «Así que los que están en la carne no pueden agradar a Dios», y aplica esta verdad al caso particular de Abraham con las palabras: «¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne?», y luego procede a responder a la pregunta afirmando que todo lo que recibió le llegó por creer en Dios. «Sin fe es imposible agradar a Dios». Entonces, en lo que respecta a los hombres, la fe es la única vía para obtener el favor de Dios. De esta manera, Abram se convirtió en amigo de Dios, y su nombre fue cambiado a Abraham, «el padre de todos los que creen». Así, una y otra vez se enseña la importante lección de que ninguna bendición permanente puede llegar a ninguna persona sin el ejercicio de la fe por su parte.

Del mismo modo, la «descendencia» de Abraham no deriva nada del nacimiento carnal. Esto queda muy claro al observar la diferencia entre los dos hijos, Ismael e Isaac. El primero nació «según la carne», el segundo «según el Espíritu». En referencia a ellos, el Señor dijo: «Echa a la esclava y a su hijo, porque el hijo de la esclava no será heredero con el hijo de la libre. Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre» (Gálatas 4:22-31). Por lo tanto, es cierto que los descendientes naturales de Abraham son todos ismaelitas a los ojos de Dios, y solo aquellos que han sido engendrados por el poder directo de Dios son contados como descendientes a través de Isaac. Obsérvese esta misma conclusión en la Escritura exacta: «Ni por ser simiente de Abraham son todos hijos, sino que en Isaac te será llamada descendencia. Esto es: No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino los que son hijos de la promesa son contados como descendientes». (Romanos 9:7,8)